

La nueva tierra

Jordi Sierra i Fabra

ALFAGUARA




Primera parte:
La sangre del Nuevo Mundo



—¿Sabes cómo empezó todo?

—*Alguna vez lo mencionaste: de casualidad.*

—*Pues sí. De casualidad. Por una tontería. Pero es que a veces basta una chispa para que arda un bosque entero, y eso fue lo que sucedió aquel 20 de julio de 1810 en Santa Fe de Bogotá.*

—*Recuerdo que me dijiste algo de un florero...*

—*Dos hermanos criollos, Antonio y Francisco de Paula Morales Galavís, le pidieron un florero al español José González Llorente. Querían adornar la mesa en la que se celebraría el banquete en honor de don Antonio Villavicencio, nada menos que el comisario real, recién llegado a la capital. El caballero español, ve tú a saber por qué, desairó a los hermanos Morales. Fue la pequeña bola de nieve que desencadenó el alud. Cuando el pueblo se enteró de lo sucedido estalló la tormenta. Los criollos, a fin de cuentas, eran descendientes de los conquistadores españoles, pero estaban ya hartos de la forma en que España los trataba. Se formó una Junta Suprema de Gobierno del Nuevo Reino de Granada, dirigida por criollos, y se depuso al virrey español al tiempo que se suscribía el Acta de Independencia. En*

un abrir y cerrar de ojos otras capitales y provincias la suscribieron.

—Por un florero.

—El florero fue la excusa. Estábamos en 1810 y el mundo cambiaba muy rápido. Ya entonces lo que sucedía en una parte afectaba a otra. Todo lo que hoy es Colombia, Venezuela, Ecuador y Panamá, vivía con expectativa los acontecimientos desencadenados en España con la guerra de la Independencia. El 2 de mayo de 1808 los españoles se habían alzado en armas contra Napoleón. En el Nuevo Mundo ya estaban hartos de los españoles, pero, encima, acabar siendo franceses según como acabara la guerra... Era la hora de la libertad y lo sabían. Cuestión de tiempo. Antes de ese 20 de julio se habían producido algunos hechos puntuales. El 10 de agosto de 1809 un grupo de criollos, con Juan Pío Montúfar al frente, ya proclamaron una Junta de Gobierno propia en Quito, jurando lealtad a Fernando VII pero no reconociendo a las autoridades nombradas desde España. Ese fue el primer grito independentista. El 19 de abril de 1810 tuvo lugar en Caracas otra protesta, y la primera insurrección en territorio de lo que hoy es Colombia se produjo también en abril de ese año. Siguieron incidentes en Cartagena de Indias el 22 de mayo con un movimiento revolucionario y el 3 de julio con la aparición de Juntas en Santiago de Cali, Pamplona y Socorro. La importancia de lo que ocurrió el 20 de julio fue que sucedió en la capital, Santa Fe de Bogotá. Y un alzamiento en la capital siempre es definitivo. Al deponer al virrey coincidiendo con la llegada del comisionado regio, el virreinato dejaba de existir. Se retaba a España.

—¿Cuándo llegó Mateo Castells allí?

—Espera, no te apresures tanto. Primero debes hacerte una idea de la situación.

—Más o menos ya la sé.

—Más o menos ya la sé. Más o menos ya la sé... ¿Crees que toda esa complejidad se absorbe en un abrir y cerrar de ojos?

—Tú siempre dices que todo puede explicarse de manera sencilla.

—Si te las vas a dar de sabihondo no te lo cuento.

—Buuueno.

—Tienes que entender el malestar de los habitantes de las colonias. A los criollos se les excluía de toda participación en el gobierno y, encima, se les masacraba a punta de impuestos para financiar las guerras en las que siempre acababa metida España. Otras razones económicas eran el monopolio del comercio, la recesión causada por él, el absolutismo feroz de una España retrógrada frente a las nuevas ideas y las corrientes liberales que nacían aquí y allá. Demasiado para ignorarlo o cerrar los ojos. Había llovido mucho desde aquel día de octubre de 1492. Nada menos que 318 años.

—Pero la independencia no triunfó hasta 1819.

—El proceso fue largo, sí. En 1810 lo que querían los habitantes de Nueva Granada era básicamente autonomía, cosa que no tenían. Pero en muy poco tiempo hasta los criollos que estaban a favor de los españoles cambiaron de idea. Un año después, en julio de 1811, se hizo la proclama oficial de independencia, en Venezuela, porque en la Nueva Granada las tensiones continuaron durante mucho tiempo. Tensiones que derivaron con

los años en no pocas guerras civiles, algo en lo que Colombia parece estar sumida históricamente.

—Siempre dices que no aprendemos nunca.

—Y así es. Los colombianos somos únicos. Cartagena fue la primera provincia que proclamó la independencia en noviembre de 1811. Le siguieron Cundinamarca, Antioquia, Neiva y Tunja. Fue el comienzo de la Primera República, pero también el nacimiento de un período conocido como la Patria Boba, por las disensiones internas y las luchas. La guerra civil enfrentó a los que querían un gobierno centralista y a los que preferían el federalismo. Entre tanto, en Europa se jugaba la gran partida por el dominio del continente, y ésta acabó favoreciendo a España. En 1814 Napoleón fue derrotado, Fernando VII se erigió en el gran líder capaz de haberlo humillado y la monarquía en España se vio fortalecida. Cuando Fernando VII volvió a asumir el trono, no tardó en mirar al Nuevo Mundo que se había atrevido a emanciparse. Negociar, de ninguna manera. Ignoró por completo lo sucedido desde 1810, como si no hubiera existido. Lleno de euforia por su victoria sobre Napoleón, y pese a que el país estaba agotado tras seis años de guerra, sin medios para una larga campaña en ultramar, el rey se dispuso a la reconquista, aunque en España la llamaron «la restauración». Más aún: la idea era el sometimiento a sangre y fuego de los insurgentes que se habían atrevido a desafiar su figura absolutista. Y así fue como en 1815 la más grande flota y el más grande ejército de la historia cruzaron el Atlántico: sesenta y seis barcos, doce mil hombres.

—Mateo Castells entre ellos.

—Exactamente.

1815
(*La llegada*)

Llevaban unos días de mar plácida y eso se agradecía y se notaba en su aspecto y su moral. Los mareos, los temblores, las vomitonas e, incluso, el miedo de las primeras jornadas, y especialmente durante las de tormenta, parecían haber quedado definitivamente atrás. Ahora ya subían a cubierta, y pese a continuar la mayoría aferrados a las barandillas, la sensación era distinta. Podían mirar el mar sin recelo, y contemplar la inusitada belleza de aquel horizonte lleno a rebosar de barcos.

Barcos y más barcos.

Cargados de hombres, o muchachos, como él.

Mateo Castells llenó sus pulmones de aire.

Luego lo soltó despacio, tratando de hacer suyo aquel momento único, irrepetible, para retenerlo en su memoria y, quizás, algún día, contárselo a sus hijos, o a sus nietos. Narrarles cómo a sus diecisiete años cruzó el Atlántico para hacerse un hombre, pelear por su rey, defender a España. Rememorar la gesta en la cual el más extraordinario ejército jamás conocido fue capaz de desafiar a los elementos, atravesando un océano desconocido poco más de trescientos años antes.

Hijos o nietos.

Si sobrevivía, claro.

—Pronto se terminará el holgazanear —tronó la voz del contraamaestre a su espalda.

Mateo volvió la cabeza.

—Lo estoy deseando, señor.

—Pues prepárate, hijo. Mañana al anochecer avistaremos tierra.

El hombre se apartó de su lado. Un viejo, muy viejo lobo de mar, con la piel curtida por el sol. No tuvo tiempo de recuperar su plácida soledad porque vio a Íñigo y a Rodrigo caminar hacia él, el primero tan socarrón y burlón como siempre en su expresión, el segundo más circunspecto, como si contuviera de forma constante sus emociones.

—¿Qué haces aquí, Castillo? —le palmeó la espalda Íñigo.

Ya no insistía, era igual que tratar de gritarle a un sordo. Desde el primer día, cuando los tres compartieron camastro y se hicieron amigos a la fuerza, o por necesidad, le había llamado Castillo, traduciendo su apellido catalán al castellano. Decía que eso de «Castells» era impronunciable, que la *elle* era una letra diabólica. Le preguntó qué significaba y Mateo cometió la imprudencia de decírselo. Así que desde ese momento pasó a ser Castillo, al menos para Íñigo. Rodrigo lo llamaba por su nombre.

—Dice el contraмаestre que llegaremos mañana al anochecer.

—Alabado sea Dios —suspiró Íñigo.

—Será muy alabado, pero me pregunto por qué diablos tuvo que ponerle tanta agua a la Tierra si a nosotros nos creó con dos piernas para caminar por ella —gruñó Rodrigo.

Mateo miró a ambos. Íñigo Salinas era alto, de cabello muy negro, barba rala, ojos penetrantes y lengua fácil. En cualquier otra circunstancia, su bravuconería y desparpajo los habría apartado de una posible amistad o

relación. Pero la circunstancia era la que era: los dos formaban parte de aquel inmenso ejército, los dos servían en la misma compañía y el destino los había unido para lo bueno y lo malo. Rodrigo Montoya por el contrario era el más bajo de los tres, de cabello trigueño, barbilampiño, ojos huidizos y cansinos, maneras reservadas, no demasiado hablador. Uno y otro tenían veinte años, tres más que él. Y eso se notaba. A veces, sobre todo Íñigo, le trataba como a un niño, incluyendo cierta dosis de desprecio quizás no adrede pero sí latente. Tanto Íñigo como Rodrigo eran de secano, uno castellano y el otro extremeño. Al contrario que él, que había crecido en el Mediterráneo, ellos jamás habían visto el mar antes de embarcarse en el *Virgen de la Esperanza*. Durante la travesía, hasta el aguerrido Íñigo había reflejado el miedo, más aún, el pánico que se apoderó de su alma viendo como el barco, la flota entera, se convertía en un puñado de cáscaras de nuez arrojadas a las embravecidas aguas.

Ahora, eso quedaba atrás.

Volvían a ser ellos mismos, los tres. Cada cual con su personalidad propia.

Soldados de España, para gloria de Dios y de Su Majestad.

—¿Creéis que nos llevarán de inmediato a combatir?

La pregunta de Rodrigo flotó en el ambiente.

—Yo espero que sí —contestó Íñigo—. Para eso hemos venido hasta aquí, ¿no?

Mateo no dijo nada.

El *Virgen de la Esperanza* navegaba en el centro de la flota, rodeado por el resto de los buques de todo tipo y calado. Aunque se mantenían las distancias, podían

verse los rostros de los soldados asomados por encima de las barandas de los más próximos. Eran espejos los unos de los otros. Doce mil hombres para contener una revolución.

¿Cuántos morirían en aquella tierra?

¿Cuántos narrarían un día a sus hijos o nietos su epopeya?

—Tú tranquilo, Castillo —tronó una vez más la recia voz de Íñigo—. Pégate a mi culo y ya verás como no te pasa nada.

—Tu culo apesta —le recordó Rodrigo.

Se habrían enzarzado en una buena pelea, una pelea de amigos, de no haber estado allí en medio, expuestos a la vista de todo el mundo, como hormigas prisioneras de la embarcación cuya quilla rompía y abría las aguas acercándoles a su destino.

Amadeo Buendía era uno de los marineros del *Virgen de la Esperanza*. Parecían haberlo hecho junto con el barco porque su piel era ya casi tan oscura como su madera. Sus manos eran dos mazas, sus ojos dos brasas, sus piernas dos troncos firmemente asentados sobre la cubierta por más que el navío subiese y bajase a través de las olas. Mateo imaginaba que si metiera su cuerpo en agua hirviendo, el salitre pegado, hundido en sus miles de profundas arrugas, dejaría el agua más salada que la del propio océano. El primer día, cuando se pusieron a hablar sin más, sin presentarse siquiera, se hicieron amigos temporales, amigos bajo una circunstancia y un momento excepcional. No volverían a verse

desde el instante en que los soldados descendieran a tierra y se encaminaran a la guerra mientras él regresaba a España. Amadeo había cruzado ya el mar catorce veces, veintiocho viajes de ida o vuelta. Era su vigésimo novena travesía. Y la de regreso a España, la número treinta. Hablaba con la nostalgia del que sabe, y del que es capaz de sintetizar la verdad y la vida con cada palabra, cada frase o cada silencio acompañado por el nacimiento de otra arruga.

Mateo sentía por él un gran respeto.

—¿Cómo fue su primer viaje, señor Amadeo?

—Feliz, incierto, expectante... Tenía unos pocos años más que tú.

—¿Siempre quiso ser marino?

—En Sanlúcar de Barrameda naces marino, hijo.

—Entonces lo fue por obligación.

—No, no —sus ojos destilaron un brillo emocionado—. Amo la mar. Ella no engaña —los dirigió a las olas que rompía la quilla y se alejaban en diagonal, sembrando una estela de espuma por su lado del barco—. La mar te lo da todo, todo, hasta que, tarde o temprano, te lo quita.

—¿Cómo que te lo quita?

—Te devora y te lleva al fondo.

—Lo dice como si fuera un sino.

—Todo marinero sabe que su destino es el fondo del mar. El reto consiste en prolongar al máximo la cita. ¿Me ves a mí con sesenta años sentado en una silla a la puerta de mi casa y contemplando cómo otros siguen mis huellas?

—Es un soñador —sonrió Mateo.

—Pues claro —dijo Amadeo Buendía—. Ay del hombre que no lo sea.

Sobrevino un corto silencio. El anochecer era muy hermoso. Un cárdeno sol se ocultaba entre unas nubes oscuras que, en la distancia, lo fragmentaban comiéndoselo por momentos. Un día más y la travesía concluiría. Quizás fuese ésta la última oportunidad en la que hablaban.

—¿Para qué vas al Nuevo Mundo, muchacho?
—preguntó el marinero.

—Para combatir

—¿Sólo para eso?

—Ahora es mi deber.

—Eres joven. Todo joven sueña con la aventura.

—Bueno, tal vez me quede allí después. No lo sé.

—¿No tienes a nadie en España?

—Ya no.

Amadeo Buendía asintió. Fue un gesto de comprensión no exento de resignación.

—Un día volverás —musitó despacio—. O lo harán tus hijos, tus descendientes. Siempre se acaba regresando al lugar del que uno procede.

—No todos regresaremos —Mateo abarcó los barcos que formaban la flota española.

El marinero lo observó con preocupación.

—¿Aún no has bajado a tierra y ya sientes la derrota en tu corazón?

—No es eso.

—¿Entonces?

—Desde que era niño soñaba con viajar hasta este lado del mar, aunque jamás imaginé que fuera para

luchar. Yo lo veía... como la Tierra Prometida, ¿entiende, señor Amadeo?

—La Tierra Prometida es aquélla en la que uno es feliz —dijo el hombre.

—Entonces es imposible ser feliz en una guerra.

—Las guerras no duran siempre. Van, vienen, pero no son eternas.

—¿Cómo era la vida antes?

—Más sencilla.

—¿Tan complicado es ahora todo?

—La vida siempre parece sencilla cuando miras atrás. Te darás cuenta algún día. Sin embargo el mundo cambia cada día, se hace más complejo, somos más y más sobre la faz de la tierra. El progreso es inevitable. Los inmovilistas, los ciegos de corazón, no tienen nada que hacer. Son los nuevos tiempos.

—¿A qué se refiere?

—A esta guerra, la reconquista, como la llaman —le puso una de sus manazas en el hombro y lo atravesó con el pesado hierro de sus ojos—. Nadie va a impedir el futuro, Mateo. Los pueblos están destinados a nacer, crecer, gozar de esplendores, someter o ser sometidos, adaptarse o rebelarse. Así es y así será siempre. El Nuevo Mundo es demasiado grande como para que desde España se quiera dirigir su destino.

—¡Nosotros les dimos un Dios, una lengua, una cultura!

—Ellos ya tenían sus dioses, su lengua y su cultura.

—No puedo creerlo —se sintió impactado por las palabras del hombre.

—¿Cuántos siglos llevamos en España peleando entre nosotros y con otras naciones de Europa? Todos.

Absolutamente todos desde que Jesucristo murió en la cruz, y antes... El Nuevo Mundo es como muchas Españas, y sus gentes como todas las gentes de España multiplicadas por diez, cien o mil veces. Durante tres siglos nos hemos llevado sus riquezas, y nos las seguiremos llevando, para financiar a nuestros maltrechos ejércitos en sus estúpidas guerras políticas o religiosas o para ennoblecer a nuestros soberanos y prohombres, porque nuestro país sigue siendo pobre en lo más profundo de su ser. Tres siglos, Mateo. Tres siglos hasta que hoy, ahora, la voz de esta tierra a la que nos dirigimos ha dicho basta. Y ten por seguro algo: cuando una voz así se alza, y lo hace de esta forma, es el principio del fin, se tarde lo que se tarde.

—¿Así que vamos a combatir para nada?

—Vamos a combatir porque en este momento es lo que nos toca hacer, porque es difícil renunciar a lo que se cree propio por naturaleza o derecho de conquista. Y sin duda ganaremos, por fuerza, tradición, poder. Sin embargo no significará demasiado. El ser humano ha nacido para ser libre. Cuando el ansia de libertad y la semilla de la independencia se apoderan de una persona, de todo un pueblo, es irrenunciable. Es el destino, y forma parte de la historia de cada nación. ¿No fuiste a la escuela?

—No.

—¿Sabes leer y escribir?

—Sí. Llevo mi Biblia conmigo. La he leído ya tres veces entera, de la primera a la última página —proclamó con orgullo—. Mi padre me dijo que saber leer y escribir me haría diferente de los demás hombres. No mejor ni peor, pero sí diferente. Él me enseñó.

—Sabio, tu padre.

Iba a hablarle de él, contarle algo, por necesidad, nostalgia, pero no pudo.

—¡Poli, aquí!

—¡Voy!

El marinero se apartó de su lado.

No medió palabra alguna.

Bastó aquella última mirada. Otra más. La definitiva.

El único sonido en cubierta era el de las aguas quebrándose bajo la imparable marcha del barco. Un siseo constante, adormecedor, que ahora constituía algo parecido a una dulce canción suspendida de los cielos en la hora del anochecer final.

Había otros sonidos, apagados, inapreciables, el de sus respiraciones, el de sus corazones latiendo al unísono. Si las miradas escrutando el horizonte hubieran producido algún ruido, el aire se habría llenado de ellos. Y no sólo era su barco. Eran todos. Marineros y soldados a la espera de ver, en lontananza, una luz, un vestigio, el primer signo de su proximidad a tierra poniendo fin a la larga travesía desde España.

Amadeo Buendía le había dicho que desde el mar, todas las tierras son iguales.

Los olores y las sensaciones al poner un pie en ellas, no.

Tenía a Íñigo a su derecha y a Rodrigo a su izquierda. El *Virgen de la Esperanza* navegaba ahora en primera línea, flanqueado por otros cinco buques. El sol

se había hundido hacía rato a su espalda, escorado a la derecha. Tal vez faltase una hora. Tal vez un minuto.

—¿Crees que te darán una recompensa por ser el primero en ver tierra? —rezongó Íñigo.

—De niño era capaz de ver una hormiga a diez metros.

—¿Y eso de qué te servía?

—Me sirvió más de una vez para eludir un peligro.

—Castillo... Esos malditos criollos te van a poner los cuartos traseros al rojo.

No le devolvió la pulla. No valía la pena. Íñigo era rápido, y contumaz. Le había cogido cariño, o lo que fuera. No le importaba. En la hora del combate quizás fuera bueno tenerlo cerca. Lo mismo que a Rodrigo. El amor y la guerra formaban extrañas alianzas. Continuó escrutando el horizonte buscando aquel signo que ansiaba.

Y dejó de respirar al encontrarlo.

—Allí... —balbuceó.

Creía haberlo dicho en voz muy baja y no fue así.

—¿Dónde?

Si se mira fijamente una estrella en el cielo, se deja de ver su luz. Si se mira de refilón, apuntando los ojos hacia un lugar próximo, el destello se hace más evidente y real.

Dirigió su mirada hacia un punto indeterminado sin perder de vista el lugar del primer destello.

Y se repitió.

—¡Allí! —dijo ahora en un tono de voz más alto, señalando hacia su destino.

—¡Yo no veo nada! —objetó Íñigo.

—Estás tan ávido de llegar que ya te chisporrotean los ojos —manifestó Rodrigo.

—No, ¡no!, estoy seguro. ¡Está allí! —mantuvo el dedo índice de su mano derecha apuntando hacia lo lejos.

Los ojos taladraron las sombras.

Pero no hizo falta que ninguno de ellos lo corroborara.

Lo hizo el vigía, en lo más alto del palo mayor.

—¡Tierra a la vista! —anunció como si entonara la letra de una canción.

La discreta línea de la costa comenzó a perfilarse en la distancia.

Era su turno.

Más de veinte barcos habían vaciado ya su carga humana antes de que les tocara a ellos. Había amanecido cinco horas antes, así que la espera se hizo tensa. La tierra estaba allí, el muelle, los curiosos, las autoridades civiles y militares. Después de tantos días oscilando de un lado a otro, mecidos por el vaivén de las aguas, sentían ya la necesidad de pisar algo sólido, volver a ser animales terráqueos, dejando el mar para los marineros.

Como Amadeo Buendía, allí, junto a la pasarela.

—Cuídate, muchacho —le tendió aquella manaza enorme y rugosa.

Mateo la estrechó.

Fue igual que hundirla en una tierra seca y pedregosa pero muy viva y cálida.

—Lo haré, señor.

—Que no te maten.

—Lo intentaré —sonrió.

—Y lo más importante: que nada ciegue tu razón y tu integridad.

—No lo permitiré.

—Tú aún no sabes de lo que te estoy hablando, pero yo sí.

—No le entiendo.

—Sólo acuérdate de mí —se encogió de hombros—. Todas las guerras son crueles y odiosas, pero las civiles, entre hermanos, o entre padres e hijos, y ésta lo es porque luchamos contra nuestros descendientes, son las peores. Mantente fiel a tu espíritu y que no te cieguen.

—¿No deben los hijos ser respetuosos con sus padres?

—Todos los hijos se emancipan un día.

Lo observó con dolor.

Había algo misterioso en él, intangible. Algo que le recordaba a su propio padre. Tal vez su amistad hubiera necesitado de más días de viaje.

—¿Te decides a bajar o no, Castillo?

Resistió el empujón de Íñigo.

—Suerte, señor Amadeo —le deseó al marino.

—Ve con Dios.

—Él me guía.

—Te guiará al agua como no avances, mentecato —volvió a empujarlo su compañero, ahora con más firmeza.

Mateo puso un pie en la pasarela. Rodrigo ya estaba abajo. El sonido de sus botas militares resonó en la madera. Volvió la vista atrás para ver por última vez a Amadeo Buendía pero con quien se encontró fue con Íñigo.

—¿Quién era ése?

—Un marinero.

—Debe de tener los sesos achicharrados por el sol y el corazón lleno de salitre.

—Es un buen hombre.

—¡Qué sabrás tú lo que es un buen hombre, Castillito!

Tres, dos, un paso más.

Tierra.

Mateo Castells sintió algo extraño, en su mente, en su alma, en su cuerpo. Algo indefinible e imposible de explicar.

Sólo lo sintió.

Pero la emoción casi lo hizo desintegrarse como una fina arenilla.

No lloró porque fue capaz de contenerse y porque Íñigo Salinas lo empujó una vez más obligándolo a caminar.

La Biblia era todo lo que le quedaba de su padre.

Un buen hombre.

Un hombre sabio, como le había dicho Amadeo Buendía.

Mi siervo Moisés ha muerto; ahora, pues, levántate y pasa este Jordán, tú y todo este pueblo, a la tierra que yo les doy a los hijos de Israel.

Yo os he entregado, como lo había dicho a Moisés, todo lugar que pisare la planta de vuestro pie.

Desde el desierto y el Líbano hasta el gran río Éufrates, toda la tierra de los heteos hasta el gran mar donde se pone el sol, será vuestro territorio.

Nadie te podrá hacer frente en todos los días de tu vida; como estuve con Moisés, estaré contigo; no te dejaré ni te desampararé.

Esfuézate y sé valiente, porque tú repartirás a este pueblo por heredad la tierra de la cual juré a sus padres que les daría a ello.

¿También le había dado Dios a España el Nuevo Mundo?

La Biblia hablaba de paz y amor, de comprensión e igualdad, pero también de guerras, y venganzas, y muertes terribles. Él estaba allí, en una guerra, dispuesto a matar. ¿Era la única forma de ver mundo, de embarcarse en pos de la aventura con la que saciar la ansiedad de sus diecisiete años? Después de enterrar a su progenitor, se había sentido más solo de lo que jamás hubiera imaginado. Todo empezó a dolerle, a pesarle. El pueblo, la casa, la barca, el plácido Mediterráneo a través del cual creía colmar sus sueños... Únicamente Elisenda habría podido retenerlo. Pero Elisenda sonreía a Jaume. La amistad y el amor eran extrañamente incompatibles.

—Padre, ¿hice bien?

Ante el silencio de su mente, continuó leyendo unas líneas más.

Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino y todo te saldrá bien.

El vozarrón de Íñigo lo sobresaltó y casi hizo que se le cayera la Biblia de las manos.

—¡Castillo, válgame el cielo!, ¿qué haces?

—Leo —le dirigió una mirada irritada.

—Lee —su compañero golpeó con el codo a Rodrigo.

—Lee —afirmó éste.

—Venga, vamos —Íñigo le tendió una mano.

—¿A dónde?

—¡Qué más da! ¡Es nuestra primera noche libre después de cruzar el océano! ¿No te apetece beber, conocer a las mujeres de estas tierras, divertirse un poco?

Se lo pensó.

Conocer gentes sí, y quizás a alguna muchacha, pero no con Íñigo.

—Ir vosotros.

—¿Qué? —su compañero no pudo dar crédito a lo que acababa de oír—. ¿Me estás diciendo que prefieres quedarte aquí, leyendo, en lugar de compartir unos vinos y lo que se tercie con tus camaradas?

—Lo que se tercie es lo que me da más miedo.

—Hemos viajado con un santo —Íñigo miró desesperado a Rodrigo—. Se metió en el ejército en lugar del convento.

—Hemos venido a dar ejemplo a estas tierras, como hombres de honor.

—¡Hemos venido a matar a unos indeseables que se han atrevido a alzarse en armas contra el rey! —gritó enfurecido Íñigo—. ¡Ése es el ejemplo que debemos dar! ¡Por todos los santos, Castillo!, ¿de qué madera estás hecho? ¿No eras tú el que anhelaba toda suerte de aventuras? ¡Pues las aventuras no se viven en una tienda, o desaprovechando unas horas de libertad, se viven yendo a por ellas porque ellas no van a venir a por ti! ¿Quieres dejar esa Biblia?

No quería discutir, y menos con él.

—No sería una buena compañía —se mantuvo firme en su decisión.

Íñigo volvió a dirigirse a Rodrigo.

—¿Ves lo que da saber leer? Te hace creer que eres mejor que los demás y te ata a cosas que ni siquiera son de este mundo.

Rodrigo Montoya asintió con la cabeza.

—Vámonos —se encogió de hombros.

—Será lo mejor —rezongó Íñigo.

Fue el primero en salir de la tienda. Rodrigo tuvo tiempo de volver la cabeza un segundo.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí —le agradeció el interés Mateo con una sonrisa.

Se quedó solo.

Con la Biblia cerrada entre las manos.

Y todas aquellas dudas, preguntas e inquietudes recién surgidas en su corazón, como si, tras el viaje, el Nuevo Mundo lo hubiera sumergido en una zozobranante realidad no por inesperada menos sobrecogedora.

Siempre se había fiado de su instinto.

El mismo instinto que, ahora, lo alertaba y hacía sonar campanas de anunciación en su mente.

Entonces Mateo volvió a preguntar en voz alta:

—Padre, ¿hice bien?